

## INTERVENCIÓN EN ACTO: OTRO LUGAR.

Sergio Rodríguez

**Este artículo lo dedico a Rebeca Hillert  
mi copiloto en el inicio de este viaje allá por 1987.**

- I- Sombras de Miller (tiempo de bolero).
- II- Lacan y Ferenczi (en dos por cuatro)
- III- Fínnalissimo: Allegro sostenuto. Vivo, ma non morto.

I.- 1985. Rumores recorrían Buenos Aires. Analistas formados en el “lacanismo” abandonaban la interpretación como instrumento privilegiado del acto analítico y producían otro tipo de intervenciones que eran calificadas, obviamente por los que en nombre de principios inamovibles no las compartían, de arbitrarias y ridículas.

Tomando testimonio a implicados, a veces encontrábamos razones a las mismas y otras no. El tema nos venía preocupando y decidimos investigar. Hacerlo, escribirlo, no nos resultó fácil. La teorización en la que se apoyaban los psicoanalistas nombrados por los rumores, es la de Jacques Alain Miller. Figura de fuerte pregnancia en el movimiento lacaniano. Primero, por el efecto metonímico de ser el heredero de los derechos de autor de Lacan y el vocero autorizado para el establecimiento de los textos de sus seminarios. Segundo, por su brillante trayectoria como lógico, disciplina tan importante para el campo del psicoanálisis. Tercero, por el terrorismo ideológico que emana de frases como: “Soy incuestionable porque he tenido el privilegio de relaciones personales de trabajo con Lacan”.

Confesamos nuestra vacilación, para denunciar el efecto del terrorismo ideológico que, tradicionalmente, ha hecho obstáculo al debate productivo en el campo lacaniano.

Hoy me vuelve a parecer imprescindible continuar la reflexión sobre el objeto que recortaron los rumores; pues el efecto imaginario que escinde a los analistas en posiciones antinómicas en este debate, repite algo ya producido en una polémica similar que, implicó a Freud y Ferenczi en la década del 29. Y el saldo de la misma, a nuestro modo de ver, favorable a las posiciones de Freud, defensor vertebral de la teoría, barrió con lo que había de nuevo y cierto, en las postulaciones de Ferenczi, con respecto a los impasses y al fin de análisis.

La argumentación de Miller y sus epígonos, reconoce algunos puntos de partida en la experiencia clínica, principalmente la prolongación de los impasses y el interés por dilucidar con más precisión las diferentes concepciones sobre el fin de análisis entre Freud y Lacan.

Lo que era la propuesta milleriana para estas cuestiones, contiene, en mi opinión, entre otros, los siguientes equívocos<sup>1</sup>. Primero: a partir de la observación lacaniana de que el síntoma cambia con las épocas, suponer que debe cambiar la teoría sobre el mismo.

Es cierto que los cambios de los discursos según las épocas van a ser registrados en el síntoma, dado su carácter metafórico. Las interpretaciones variarán entonces, acompañando a los que en el discurso de cada sujeto, exprese esas variaciones. Pero que se modifiquen los mensajes del síntoma, no significa que varíe su carácter metafórico, o sea el mecanismo productor del mensaje ni la teoría psicoanalítica que de él da cuenta. Mucho menos su valor particular en la economía subjetiva del analizante.

Segundo equívoco: apoyándose en el repetido aforismo freudiano, “se actúa en lugar de recordar”, propone una oposición entre acto e inconsciente, sin dar mayores razones.

¿Por qué los contraponen? Al actuar, se repite por no recordar, con ese actuar se escriben efectos de lo reprimido inconsciente, además de lo no simbolizado. Es lo que capta Freud entre *Lo siniestro* y *Más allá del principio del placer* y despliega Lacan a través de sus seminarios y escritos.

Estos dos equívocos se articulan con otras afirmaciones de Miller. Por ejemplo, cuando declara que el analista no debe ser sujeto. Lo dice así: “La formación del analista consiste en lo siguiente: ¿Cómo saber en la experiencia no ser sujeto del Inconsciente?”.

Lacan, en cambio, decía: “Habría que reparar en las cosas de que no hablo: nunca hablé de formación analítica, hablé de formaciones del inconsciente”. La lógica de este planteo de Lacan responde a que en la experiencia del analista es efectuada por el deseo del analista. O sea, valga la redundancia, por la lógica del inconsciente trabajada por un análisis que en su curso y más decidida y definidamente cuando es llevado hasta su final, precipita dicho deseo generador de las condiciones necesarias para llevar al analizante a la pérdida del objeto y quedar reconocidamente en posición de sometimiento al significante primordial que representa a cada sujeto singular. Lo que es absolutamente contradictorio con la idea milleriana de que en la experiencia hay que saber no ser sujeto del Inconsciente. Otra cosa sería si dijera, no ocupar el lugar del sujeto en el discurso del analista:

a \$

S2 S1

Siguiendo la formalización lacaniana en *El envés del psicoanálisis* sostengo que, el analista sujeto a su deseo, soportará, simulará “a” como agente si sabe leer en el texto enunciado por el analizante el Otro texto que se teje entre las marcas de la enunciación y los significantes que las contextúan en los dichos. Posicionado así ocupará el lugar de causa del deseo del analizante, que desde su división entre demanda y pulsión producirá el significante que lo represente. Esto Lacan lo escribe así:

Discurso del analista

a \$

S2 S1

Desde esa posición podrá interpretar. Lacan explicando su grafo del inicio de la transferencia

St-----Sq

S (S'S''.....S<sup>n</sup>)

Plantea: “El analista no posee otro recurso que el de colocarse en el nivel de la s de la pura significación del saber, o sea del sujeto que **todavía** sólo es determinable por un deslizamiento que es deseo, de hacerse deseo del Otro, en la pura forma que se aísla como deseo de saber”. Está hablando de la interpretación del analista en el inicio de la transferencia. Ese deseo de hacerse deseo del Otro, es el que el análisis irá haciendo deslizar hacia el deseo de la máxima diferencia entre el Ideal y el objeto, hasta desembocar en la caída del analista como objeto, lo que pasará por el des-ser al analizante.

Esta, mi posición, pone de relieve la tan trillada función del deseo del analista en la cura y nos lleva a contradecir la propuesta de Miller de que: “Lo que se llama el deseo del analista como x no es sino el

nombre de la indeterminación misma del sujeto, que consiste en plantear, esta vez, no sé que soy en el Otro”/.../“Fenómeno, a decir verdad límite, ya que conjuga la certeza del ser con la indeterminación del sujeto”

Aquí notamos al menos dos corrimientos retóricos de consecuencias en la teoría.

1: No es lo mismo hablar de la indeterminación del lugar del sujeto, correlativa al deslizamiento del significado debajo del significante, que afirmar la indeterminación del sujeto. Esto último lava la dependencia del mismo con respecto al significante. Esta omisión de la palabra lugar, coloca entonces la cuestión en el terreno del ser.

2: El deseo del analista pasa a ser ¿referido al analizante? Preguntándose por ¿qué es en el analista? O a este interrogante “no sé que soy en el Otro”. Supongo, a pesar de las dificultades de redacción que ofrece el párrafo, que se referirá a esta última variante. De cualquier modo lo que queda planteado es el saber en conjunción con el ser, siendo que un buen encuentro entre ambos, no es más que una “buena” ilusión. Ilusión que en Miller tiene la consecuencia de hacerle decir en el artículo Genio del Psicoanálisis publicado en Analiticon Nro. 1: “El verdadero genio del psicoanálisis es el objeto **a**. No tenemos una mejor aproximación a ese daimon o Genius primitivos que ese objeto **a**. Ya es mucho decir que el psicoanálisis puede aproximar ese goce como un objeto. Fue Lacan el que le dio su formulación. Podemos deducirlo en Freud, Abraham o Winnicott, pero sólo para decir que no es suficiente que el analista sea planteado como representante del Otro. Lo que constatamos es que el sujeto se completa con ese objeto

**a.** Podemos decir que es el precio pagado por esa falta de ser por la que el sujeto viene a complementarse con el objeto **a** para ser un todo, ser un uno./.../ En las psicosis verificamos la presencia de un goce que no tiene un símbolo, pero que tampoco tiene la forma de objeto **a**. El psicótico tiene la experiencia de sí mismo como objeto de Dios. Sería como la experiencia de no estar hablando a los otros que están aquí sino al Otro. Es así como se produce un cierto tipo de goce sin símbolo.

Las últimas palabras de Lacan sobre la posición del analista, se dirigían a hacer del analista una encarnación de ese goce sin símbolo. Cuando uno lo dice así puede parecer algo fantasmático, pero lo que hace es invitar al analista no como representante del Saber sino -lo que es inédito en la historia- como un objeto que no tiene símbolo en el discurso universal”. Aunque cueste creerlo, por provenir de una persona con el curriculum de Miller es evidente que les está proponiendo a los analistas que se presten a ofrecerse como objeto complementario para el goce del paciente que por supuesto se sentiría recubierto de potencias divinas. Creo que no es necesario aclarar la insistencia lacaniana aún -y vale el significante en que el lugar del analista es el de hacer apariencia del objeto causa del deseo del analizante en pro de que en función de eso este despliegue el discurso del Inconsciente. Lo propuesto por Miller lleva a la perversión gozosa de los análisis.

A contrario sensu facilitarle al analizante quedar en posición de interrogarse “¿Qué quiere el otro de mí?” coloca la cuestión en el terreno del **a** causando el deseo y no siendo materia de goce en las sesiones. La consecuencia es capital, pues el cambio de registro vuelve la operación analítica al espacio de la identificación. Lo que es observable incluso en la textura organizacional que le propone en su proyecto de estatutos al ala organizacional que le propone en su proyecto de estatutos a la EOL totalmente pensada para asegurar un sistema de lealtades por identificación al jefe. Por el contrario, para Lacan el deseo del analista restablece en el analizante la articulación entre demanda y pulsión situando al sujeto por efecto de su deseo en el acceso más corto a sus lugares y modalidades de goce.

Es así que la actividad del analista, sujeta al discurso del Otro (del analizante), reside en sostenerse en el deseo, que se presenta donde los desfallecimientos patentizan, atravesando la represión, las emergencias de los simbólicos y las irrupciones de lo real.

En cambio si el trabajo del analista lleva a que el analizante se centre en la pregunta: “¿Qué soy en el Otro?”, se lleva a que la inversión del mensaje abra las puertas a la identificación con el analista. A mi parecer es lo que ocurrió y ocurre en algunos circuitos porteños, y está en la base de sustentación de la llamada Escuela de Orientación Lacaniana construida íntegramente en base a la identificación con sus *boss* intelectuales.

Afirma Miller más adelante refiriéndose a que: "... es necesario que el sujeto despliegue una actividad, que está presente en toda pulsión"/.../ "Es en este punto donde Lacan hace del acto analítico el correlato de la pulsión, a la que define precisamente como ciñendo al objeto, al objeto como objeto a". Planteadas así las cosas se estimulan consecuencias no psicoanalíticas. Lacan es mucho más cauteloso en relación a los analistas en la cura. Dice, por ejemplo: "Lo que tenemos ante nosotros en el análisis es un sistema en el que todo se acomoda, y que alcanza su propia clase de satisfacción. Si nos mezclamos en ello, es en la medida que al nivel de la pulsión el estado de satisfacción debe ser rectificado."

"Esta satisfacción es paradójica. Cuando la miramos de cerca, nos damos cuenta que entra en juego algo nuevo -la categoría de lo imposible"/.../ el camino del sujeto pasa entre dos murallas de lo imposible."

El sujeto de la certeza, determinable su lugar como deseo, hace su camino entre dos imposibles: el de la falta de un Otro del Otro, es decir el de la castración del Otro, y el de la carencia real de su ser sexuado, por lo tanto mortal.

Lacan habla de alcanzar la satisfacción por vías más cortas, y es en esa dirección que se producirán las rectificaciones. ¿Por qué Miller, en ese artículo, reduce la definición de la pulsión a su propuesta de que introduce al sujeto al acto y de que ciñe al objeto?

Esa reducción, facilita la confusión entre objeto "a", y diferentes máscaras del objeto. Facilita, en un medio como el porteño, en el que Melanie Klein dejó tan profundas marcas, muchas fecundas, y otras reduccionistas, la vuelta a la lectura principalmente imaginaria del objeto, con su correlato de intervenciones *cliché*.

En fin, podríamos abundar, pero consideramos preferible ir terminando acá esta parte del trabajo, para lo cual no podemos dejar de referirnos a otra simplificación, esta vez de algunos críticos a Miller.

Porque en el psicoanálisis simplificar hace causa y escuela, aunque resulten pequeñas. Nos preguntamos por un síntoma: los discípulos se agrupan para interpretar La Verdad. Los hijos se disputan la hazaña de salvar al Padre.

Hay quienes, al contrario de Miller eligen como único acento la interpretación que producirá la caída del objeto: ¿una "buena palabra", podría lograr en todos los casos apagar el fuego de aquella mirada abrasadora?

Esto no es sin consecuencias: de la primacía del significante se desliza a su absolutización. Por ejemplo nos proponen el encuentro con lo real cortando por lo simbólico porque es el modo más simple, pero se puede dar, y de hecho se da en la práctica clínica, el corte por cualquiera de los tres anillos dibujados en el nudo borromeo.

Me servirá esta vez para representar lo que quiero decir, analizar el siguiente párrafo de *Los cuatro conceptos...*:

"Comprenderán por qué la relación del sujeto con el significante es el punto de referencia que hemos querido poner en el primer plano de una rectificación general de la teoría analítica, pues es tan primera y constituyente en la instauración de la experiencia analítica, como primero y constituyente en la función radical del inconsciente.

Sin duda, eso es, **en nuestra incidencia didáctica, limitar** el inconsciente a lo que podríamos llamar su plataforma más estrecha. Pero es por relación a este punto de división que podemos no cometer errores por el lado de ninguna sustantificación".

La primera oración del párrafo subraya las razones por las que en su *Retorno a Freud* puso como punto de referencia la relación del sujeto con el significante, pero en el segundo subraya que con ese planteo limitó al inconsciente a su plataforma más estrecha para poder incidir didácticamente y evitar errores en sus discípulos por la vía de la sustantificación. Ese primer plano que permitió reconocer la estructura formal de la represión y la lógica de la vuelta de lo reprimido dejaba fuera de foco al objeto a, terminado de enfocar en *Los cuatro conceptos* en que deja prácticamente escritos los elementos necesarios para, en los 70 -despejada la estructura de discursos- poder escribir el discurso del maestro (amo) que funda al inconsciente.

Desde los requerimientos de la práctica clínica es el trabajo con el objeto no sólo por la vía significativa, lo que quedaba por fuera. Es el descubrimiento del objeto **a** en sus diversas funciones, su único descubrimiento según alguna vez dijo Lacan, lo que abre paso a un psicoanálisis que no sin Freud, pero si más allá de Freud opere sobre la Cultura y sus objetos.

Planteamos la inconveniencia del debate antinómico. Es desde esa posición que señalamos que el embate milleriano, comenzado en Caracas en los prolegómenos de la muerte de Lacan se continuó en la inmediatez de ésta, tras una importante inquietud: “La vuelta a la clínica”. Es desde ella que desembocó a través de reflexionar sobre los impasses en la cura en la disyunción de síntoma y fantasma.

Según lo explicitamos antes, en la búsqueda de la solución para dichos impasses, propone caminos que a nuestro modo de pensar están en el origen de actuaciones y no, intervenciones en acto, de parte de algunos analistas influidos por esa corriente de pensamiento dentro del lacanismo.

O sea: planteamos que hay que buscar un estatuto que haga que la intervención en acto, no se transforme en arbitrariedad. Paralela por ejemplo, a la de algunos supuestos lacanianos, que interpretan, no desde los mecanismos estructurantes del lenguaje de significación por metonimia y metáfora, sino jugando arbitrariamente con monemas y palabras, así como en el campo kleiniano con las interpretaciones *cliché* y las icónicas se arrasa con las enunciaciones.

Para ello debemos dar cuenta de la estructura de las intervenciones en acto que no sean del registro de la interpretación.

II.- Tratando de seguir ese camino nos parece interesante tomar como base lo que escribe sobre una de sus experiencias Ferenczi. En ella habla de una paciente “que padecía numerosas fobias y estados obsesivos”. Dice: “Vino a verme después de haber sido analizada durante varios meses (porque el colega que se había ocupado de ella se había visto obligado a interrumpir el tratamiento), y ya estaba iniciada con respecto a sus complejos inconscientes. Al continuar el tratamiento, sin embargo, tuve que confirmar la observación de mi colega de que el progreso de la curación no estaba en relación con la profundidad de su “*insight*” teórico y con los recuerdos ya puestos al descubierto. Las cosas continuaron del mismo modo durante semanas. En una entrevista, se le ocurrió una canción que su hermana mayor (quien la tiranizaba de muchas maneras) tenía el hábito de cantar. Después de vacilar durante un largo tiempo, repitió el ambiguo texto de la canción y luego quedó en silencio por un largo rato; pude sonsacarle que había pensado en la melodía de la canción. No perdí tiempo en pedirle que la cantase. Pasaron dos horas hasta que la cantó como ella realmente quería hacerlo. Se hallaba tan turbada que se detuvo repetidamente en la mitad de un verso, principió en voz baja e indecisa, hasta que, alentada por mí, comenzó a cantar en tono más alto; entonces su voz fue tomando más y más amplitud hasta que finalmente terminó en un bello, poco común, registro de soprano. Con esto no quedó vencida la resistencia; luego de algunas dificultades, confesó que su hermana tenía la costumbre de acompañar la canción con gestos nada ambiguos, y realizó algunos desmañados movimientos de brazos con el fin de ilustrar la conducta de su hermana. Finalmente le pedí que repitiese la **canción** (cita) exactamente como la había oído cantar a su hermana. Luego de parciales intentos faltos de vida se reveló una perfecta *chanteuse*, haciendo gala de todos los movimientos y la coquetería que había visto en su hermana. Desde entonces pareció gustar de estas representaciones y comenzó a **desperdiciar** las horas de análisis con cosas de esta índole. Cuando me di cuenta de ello, le dije que ya sabíamos que **gozaba**<sup>2</sup> en mostrar su múltiple talento y que detrás de su pudor se ocultaba un considerable deseo de agrandar, que no era ya hora de seguir con la danza sino de continuar con nuestra tarea. Fue asombroso constatar cómo ese pequeño intervalo afectó el trabajo. Se presentaron inmediatamente recuerdos de su primera infancia de los cuales nunca había hablado, recuerdos de la época en la que el nacimiento de un hermano había tenido

un efecto desastroso sobre su desarrollo psíquico y que había hecho de ella una niña llena de ansiedad y timidez. Recordó la época en que aún era un “pequeño diablillo”, la favorita de toda la familia y de sus amigos, en que mostraba todas sus aptitudes ante la gente y ostentaba ver un desembarazado placer al realizar movimientos musculares.

Continué con este método activo y constreñí a la paciente a realizar actividades por las cuales sentía el mayor temor. Como si llevase la batuta frente a mí (a la vez que imitaba los sonidos de una orquesta) imité una larga frase musical perteneciente a una sinfonía; el análisis de esta idea condujo al descubrimiento de una envidia del pene cosa que la había atormentado desde el nacimiento de su hermano.”

Más adelante Ferenczi reflexiona sobre lo que hizo. Con exclusión de la misma desplegaremos nuestra propia lectura, aún coincidiendo con algunas de sus conclusiones. Procederé así para poner a operar herramientas procedentes del acervo lacaniano.

1) Lo que inicialmente le llama la atención es la discordancia entre la recuperación de recuerdos y la profundidad de “*insight*” -que califica de “teórico”- atascamiento en el desenvolvimiento de la cura. Registra, por lo tanto, aunque no dispusiera de ese concepto, una discordancia en el despliegue de la lógica temporal de ese análisis. El tiempo de comprender, no desembocaba en el momento de concluir.

2) En el discurso asociativo se manifiesta una vacilación alrededor de un ambiguo texto de canción. El texto era ambiguo, pero no quién la cantaba en la infancia de la paciente, la hermana mayor, su tirana. En consecuencia, la canción estaba sobreinvertida por la relación imaginaria con la hermana. La pregnancia del eje  $i$  ( $a$ )  $i$  ( $a'$ ), la resistencia a la emergencia de un saber que le diera sentido al significante representante del sujeto en lo atinente a esa época de su neurosis infantil. La inhibición para entonar la melodía indicaba que el yo, capturado en el registro imaginario, estaba reprimiendo la emergencia de los significantes del Otro dadores de significación a los representantes del sujeto. Si lo pensáramos sobre el esquema  $\$$  podríamos decir que la sobreinvertidura imaginaria inhibe el movimiento en las líneas punteadas, o sea la articulación entre S y A,

A-----a'

a-----S

La orden dada por Ferenczi, haciendo uso del saber hacer del analista en posición de esclavo, al devolver invertido y como objeto el mensaje de la inhibición leído en función de la letra<sup>3</sup> agenciante del discurso del amo (maestro), refunda al Inconsciente. Pasa entonces al lugar agente del analista, ahora en función amo y presiona al saber reprimido de la analizante poniendo en goce al objeto voz en su forma melodía, goce que se encontraba inhibido, pasando momentáneamente la paciente al lugar de esclavo. Cuando dicho goce se expande y se torna obstáculo al deseo y al análisis, nuevamente en función amo lo castra, relanzando el discurso recuperador de recuerdos y probable fabricante de otros. De paso observemos que esta intervención comienza cortando lo imaginario.

El primer movimiento podemos leerlo así: la inhibición indicaba en el lugar del agente del discurso la escisión del sujeto llamado al Otro a que le de el significante capaz de producir un saber sobre su verdad de objeto de la hermana, una variante del discurso de la histórica:

$\$$  S1

a S2

impotencia.

Ferenczi no cayó en la trampa de intentar darle ese saber que por otra parte no tenía. La dificultad

residía en que el discurso de la histérica no se manifestaba en esta ocasión por el síntoma o la formación del Inconsciente, sino por la inhibición. Aprovechar la posibilidad “hipnótica” de la transferencia en ese momento del análisis, generó las condiciones necesarias para vencer aquella a través del ejercicio del goce de ese objeto, hasta ese momento vedado. El corte, la escansión llevó a poder renovar el acceso a la red de significantes reprimidos atinentes a ese momento crucial en la vida de la paciente.

Comienza entonces, con dificultades, la emergencia de recuerdos en los que la hermana era un bello espejo productor de rivalidad para la pequeña. Vencida casi hipnóticamente la inhibición, se hizo posible la identificación. Castrada de ese goce por la orden de Ferenczi e interpretado el deseo cae el objeto especular relanzándose el discurso del Inconsciente. Se revela entonces que la imagen de la hermana era agalma de i (a) -el hermanito, que provisto del atributo fálico la envía más allá del juego de espejos a través de provocarle la envidia del pene a articularse en las ecuaciones simbólicas que la situarán en la divisoria de los sexos. Encontramos entonces, que la función del falo sobreinvertía, resignificaba y daba razón, en el sentido matemático, de la crisis en que la sumió el nacimiento del hermanito. La puesta en casa del a por efecto de la orden de Ferenczi pone a trabajar a la red de significantes sobre ese ombligo de la neurosis de la analizante.

III.- La intervención analítica en acto no está desgajada de la escucha ni de la lectura. Para fundamentar ello parto de tomar en cuenta los siguientes planteamientos de Lacan: “Finalmente a nivel de la objetivación o del objeto, se oponen lo conocido y lo desconocido. Porque lo conocido sólo puede ser conocido en palabras, lo desconocido se presenta como teniendo una estructura de lenguaje”. Cuatro años después: “Sin duda alguna, ahora, en estas fechas, en mi<sup>4</sup> época, estoy en situación de introducir en el campo de la causa la ley del significante, en lugar donde se produce esa hiancia” “El significante es la causa del goce. Sin el significante ¿cómo siquiera abordar esa parte del cuerpo? ¿cómo, sin el significante, centrar ese algo que es la causa material del goce? Por desdibujado, por confuso que sea, una parte del cuerpo es significada en este aporte”. Según mi lectura, estas proposiciones plantean que lo que no está representado por el significante pero de algún modo se nos hace presente se anuda, se nos representa desde lo imposible según las leyes del lenguaje. Repetición, desplazamiento, condensación, exceso, sin tomar aún la forma significante nos hacen presente el objeto desconocido a través de la letra que “Dibuja el borde del agujero en el saber. Si justamente lo que la letra dice ‘a la letra’ por boca del psicoanálisis, no le era menester desconocerlo, ¿cómo podría ésta negar que por colmar este agujero apela a invocar allí el goce? “Entre centro y ausencia, entre saber y goce hay litoral que sólo vira a lo literal para que ese viraje puedan ustedes tomarlo igual en todo momento. Es sólo por eso que pueden ustedes considerarse como agentes que lo sostienen”. El llamado de la letra a la atención flotante del analista le esboza la fisura a presionar en lo imposible -el discurso que funda al inconsciente- para que la impotencia haga girar al paciente a la posición agente en el discurso de la histeria, con lo que la letra habrá realizado efecto significante en el trabajo del psicoanálisis por agujerear lo real. Silencios que se repiten, cortesías recargadas, gestos que insisten fuera de lo común, goces masoquísticos o sádicos informados pero sin producción analizable por la vía significante, etc..., son materia prima con que se presentan las letras. Los impasses en la lógica temporal de una cura incitan a la búsqueda de las mismas como el ejemplo de Ferenczi lo muestra claramente. La intervención, como distinta de la interpretación se hace imprescindible entonces, cuando un atolladero en un análisis manifieste estancamiento por inhibición -efecto imaginario, o por goce de un objeto positivizado. Puede tomar una forma que suponga tres movimientos: 1) advertencia de lo que tome función de letra; 2) según lo que esté ocurriendo en la transferencia utilización de la misma con un sentido sugestivo destinado a ordenar o prohibir gozar; 3) como efecto de estos movimientos, re- posicionamiento del analista en su función de a. Cuando el impasse se caracteriza por la inhibición, la orden persigue en un primer paso quebrarla aunque sólo sea momentáneamente para que luego la prohibición le ponga coto al goce colocándolo por perdido en causa, relanzando la circulación del deseo y del discurso. Re-posicionando al analista como agente simulando a queda sujeto al deseo del Otro. En la ocasión, del analizante. El camino se habrá reabierto a la interpretación.

Se hará efectivo así eso de que el analista no sabe lo que dice porque sólo articula lo que el sujeto enuncia, pero debe saber lo que hace al modo del esclavo en el discurso del amo para producir el objeto en

plus. El acto analítico presionando lo imposible hace girar al paciente por la impotencia, al lugar de agente, y por la interpretación al lugar del otro produciendo un S1 que lo represente.

En los momentos de detención en la cura, el analista realiza su deseo basculando entre discursos y en los discursos buscando restablecer la articulación entre demanda y pulsión a través de maximizar la diferencia entre ideales del yo y objetos produciendo la desidentificación “por medio de la separación en la experiencia”.

En 1964 Miller le preguntaba a Lacan sobre la relación entre objeto de la pulsión, de la fantasía y del deseo. A la pregunta de Lacan sobre si su respuesta había aportado algunas luces, Miller contestó: “Algunas luces y algunas sombras”. Sombras habrá siempre. Esperamos que la intolerancia en el debate no torne profético al título del bolero: “Sombras nada más”.

Como la primera vez que abordamos el tema con la licenciada Hillert hago con este trabajo un homenaje a Sandor Ferenczi, comprometido psicoanalista que pagó con la locura su imposibilidad de renunciar a estar pendiente del deseo de un padre demasiado ideal - Sigmund Freud.

[http://www.psyche-navegante.com/articulo.asp?id\\_articulo=417](http://www.psyche-navegante.com/articulo.asp?id_articulo=417) autores@psyche-navegante.com

## **ALGUNOS CONCEPTOS PARA ENTENDER EL TEXTO**

**AGALMA:** Brillo fálico del objeto a, donde lo deseable se define no como fin del deseo sino como causa del deseo. La palabra «agalma», surgida de la poesía épica griega, se ha convertido en uno de los conceptos más fecundos de la teorización lacaniana del deseo en la transferencia. Este término fue destacado por Louis Gernet en su artículo «La notion mythique de la valeur en Grèce» (Journal de Psychologie, oct.-dic. de 1948). Designa cierto número de objetos muebles preciosos y brillantes. Agalma viene de agallein, «adornar» y «honrar». Lacan lo compara con las raíces de agaomai, «admirar», y de aglaé, «la brillante».

**ESTADIO DEL ESPEJO:** Fase del desarrollo psicológico del niño comprendida aproximadamente entre los seis y los dieciocho meses de edad, en la cual el niño se encuentra por vez primera capacitado para percibirse, o más exactamente, percibir su imago corporal completa en el espejo. En esta fase, de acuerdo a la teoría lacaniana, se desarrollaría el yo como instancia psíquica.

**MATEMA:** Fórmula que representa de manera simbólica los términos de una estructura y las relaciones de sus componentes entre sí. Es un concepto introducido en 1971 por Jacques Lacan para denominar el conjunto de notaciones algebraicas usadas para describir algunos conceptos psicoanalíticos centrales.

**METONIMIA:** Proceso mediante el cual el inconsciente se manifiesta, es el uso de la transnominación o cambio semántico, usar una idea o cosa con el significado o sentido de lo desplazado, ejemplo desarrollar aversión a un marca de cigarrillo como representación del odio hacia quien lo fuma.

**SUJETO (S):** Sujeto del inconsciente.

**OBJETO a:** Es el otro imaginario, el objeto de deseo inalcanzable.

**OBJETO A:** Es el otro como algo distinto de uno mismo, es la forma de aludir a la representación de la persona que está frente a uno.

**SIGNIFICANTE:** Es el sentido que algo tiene para un sujeto, es el sentido asignado por el sujeto al objeto y por extensión la palabra que lo designa, fonema o representación que se hace del objeto o cosa.

a: Representa al analista



\$: El analizando, en tanto otro.

S2: Saber resultante de la relación

S1: Significante Amo o que organiza la relación.

EOL: Abreviatura para designar la Escuela de Orientación Lacaniana.

**Nota:** Los gráficos contenidos en el texto corresponden a representaciones sintéticas (matemas) de la transferencia y procesos que se derivan de esta según las descripciones y definiciones desarrolladas por Lacan.

Instituto de Desarrollo Psicológico. INDEPSI. LTDA.

ALSF-CHILE